

El abrazo del oso. Movimientos sociales y violencia política en la Euskadi de la transición¹

Raúl López Romo

Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo e Instituto de Historia Social Valentín de Foronda,
UPV/EHU, España 

<http://dx.doi.org/10.5209/chco.93293>

Recibido: 29 de diciembre de 2023 • Aceptado: 21 de marzo de 2024

Resumen: En la Euskadi de la transición confluyó un ciclo de protestas con otro de violencia. Los movimientos sociales “madrugadores” (el obrero, el vecinal o el estudiantil, ya desde los sesenta) se iniciaron sin una presencia destacada de ETA. Pasó algo similar en el surgimiento de los nuevos movimientos sociales (feminista, de gays y lesbianas, antinuclear...), en la segunda mitad de los setenta. Ahora bien, el terrorismo terminó impactando sobre todos ellos a partir de 1978, con el inicio de los “años de plomo”. Este artículo toma el caso del movimiento antinuclear para explorar cómo y por qué un movimiento social puede verse contaminado por un contexto de intensa violencia política, pudiendo alguno de sus agentes llegar a ejercer un rol des-democratizador.

Palabras clave: Movimientos Sociales; Terrorismo; País Vasco; Transición Democrática; Violencia Política; Movimiento Antinuclear.

ENG Bear hug. Social movements and political violence in the Basque Country during the Spanish transition to democracy

Abstract: In the Basque Country during the Spanish transition to democracy a cycle of protests converged with a cycle of violence. The first social movements (those of workers, students or neighborhood associations, since the sixties) began without a notable presence of ETA. Something similar happened in the emergence of new social movements (feminist, gay and lesbian, antinuclear...) in the second half of the seventies. Now, since 1978 terrorism affected all of them, with the beginning of the “years of lead”. This article takes the case of the antinuclear movement to explore how and why a social movement can be contaminated by a context of intense political violence, being able to play a de-democratizing role.

Keywords: Social Movements; Terrorism; Basque Country; Spanish Transition to Democracy; Political Violence; Antinuclear Movement.

¹ Este trabajo se inscribe en el Grupo de Investigación del Sistema Universitario Vasco “Nacionalización, Estado y violencias políticas. Estudios desde la Historia Social” (Ref. IT 1531-22). Asimismo, participa del proyecto MINECO Microhistoria de la violencia nacionalista (MICROVIO, PID2022-138467NB-I00).

Sumario: Introducción. 1. Movimientos sociales, transición y violencia política. 2. “Conmigo o contra mí”. ¿Cómo se “contamina” de terrorismo un movimiento social? 3. Violencia callejera y represión policial. 4. Conclusiones. 5. Referencias bibliográficas.

Agradecimientos. Agradezco la lectura, sugerencias y ayuda de Arantza López, Barbara van der Leeuw, Gaizka Fernández y los dos referees, así como la generosa colaboración de los informantes aquí entrevistados. Una primera versión de este texto se presentó en el simposio “Nacionalización y violencia política en el País Vasco contemporáneo. Novedades y miradas comparadas”, dirigido por Antonio Rivera en el Instituto de Historia Social Valentín de Foronda (UPV/EHU, Vitoria-Gasteiz, 2018).

Cómo citar: López Romo, Raúl (2025). “El abrazo del oso. Movimientos sociales y violencia política en la Euskadi de la transición”. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 47(1), 231-253.

Introducción

Este artículo explora la actitud social en contextos de cambio e intensa violencia política. El tema puede abordarse desde diferentes enfoques. Aquí he elegido un termómetro de malestar ciudadano: los movimientos sociales. Nos ceñiremos a la Euskadi de la transición (1976-1982), es decir, a un periodo que conocemos como los “años de plomo”.

Con la principal salvedad de Donatella della Porta, los expertos en acción colectiva no suelen escribir sobre terrorismo (Goodwin, 2004: 260), ni viceversa. La combinación de ambos planos es, por tanto, una perspectiva fértil y poco transitada. Tomaremos aquí el caso del movimiento antinuclear, muy relevante en aquel momento. Analizaremos tres expresiones diferentes pero relacionadas de violencia: 1) la de ETA y otras organizaciones terroristas, 2) la de una parte de los manifestantes, afines a dicha banda, y 3) la de las Fuerzas de Seguridad en su interacción con las movilizaciones.

La sociología de la acción colectiva ha generado aproximaciones divergentes a la realidad vasca. Veamos dos ejemplos opuestos. Para Juan José García de la Cruz (1990: 599), “el monopolio de alternativa que protagoniza el sector extremista del nacionalismo abertzale ha impedido e impide la aparición y desarrollo de los nuevos movimientos sociales que surgen en el resto de España”. Según esta perspectiva, el abertzalismo radical se hizo con el control del espacio público ya desde la transición, suprimiendo o absorbiendo a sus rivales. Por el contrario, Iñaki Bárcena *et al.* (1998: 65) afirman que la intervención de los movimientos sociales en el espacio público ha “producido en Euskadi” una “intensificación en los valores democráticos”, entre los que señalan la soberanía, la autodeterminación, la decisión popular, el diálogo, la tolerancia y el respeto a las minorías.

Contra lo que tiende a creerse, los movimientos sociales no producen *per se* más democracia; de hecho, en el caso vasco hubo agentes que dificultaron su consolidación e incluso ejercieron un rol des-democratizador. Las organizaciones de los movimientos sociales se articulan para defender causas que pueden ser nobles, pero cercenan las libertades si contribuyen a la legitimación de la violencia política (López Romo, 2011a: 25). Cabe utilizar el símil del “abrazo del oso” para caracterizar el efecto de las formas de violencia ejercidas por ETA y su entorno en supuesto apoyo de las movilizaciones antinucleares: mediante un gesto aparentemente simpático, las apretaron hasta asfixiarlas.

Ahora bien, tampoco es correcto asegurar, sin distinguir etapas, que el nacionalismo vasco radical acaparó la calle. En todo caso, cabe decir que consiguió una hegemonía en cuanto a la expresión de las identidades territoriales, para lo que fue determinante infundir miedo entre sus rivales (Llera y Leonisio, 2017: 9-55). Pero la calle no era solo suya, y menos si atendemos a la cronología y nos fijamos en los primeros compases de la transición. Por un lado, hubo movilizaciones masivas que no respondían a la lógica “nacional”, como, por ejemplo, la de los trabajadores en huelga de Vitoria en torno al 3 de marzo de 1976. Por otra parte, HB nació en abril de 1978. Hasta ese momento, el entorno de la izquierda abertzale había permanecido fragmentado en diversos

pequeños partidos unidos por un referente, ETA, cuya popularidad era mayor que su capacidad operativa. Desde 1974 ETA estaba dividida en dos ramas, militar y político-militar, y en la transición surgió un tercer grupo terrorista abertzale, los Comandos Autónomos Anticapitalistas, CAA. Juntos, mataron a 11 personas en 1977, que se dispararon hasta llegar a 66 en 1978, 80 en 1979 y 96 en 1980 (López Romo, 2015: 43). En total, a lo largo de la transición (1976-1982) asesinaron a 340 personas. Esta cifra es la parte más visible y trágica de un enorme reto contra las libertades.

En la Euskadi de la transición se produjo la confluencia de un ciclo de protestas con otro de violencia. Este último formó parte de la tercera oleada internacional de terrorismo, que surgió a finales de los sesenta y tuvo una particular incidencia en la siguiente década (Rapoport, 2004). Los movimientos sociales “madrugadores” (caso del obrero, el vecinal o el estudiantil, ya desde los sesenta) no arrancaron con una presencia destacada de ETA. Integraron a personas de diferentes campos de la izquierda e independientes, para las que las identidades territoriales podían ser un aspecto secundario o irrelevante de su preocupación política. En los inicios de los nuevos movimientos sociales (feminista, de gays y lesbianas, antinuclear...), pese a su más tardío nacimiento, en la segunda mitad de los setenta, pasó algo similar. Ahora bien, la cuestión del terrorismo terminó impactando sobre todos ellos, sobre todo a partir de 1978, con el inicio de los citados “años de plomo”. Habrá ocasión de comprobarlo.

Este trabajo se estructura de la siguiente manera. Primero daremos unas pinceladas sobre la relación entre movimientos sociales, transición a la democracia y violencia política. Después descenderemos a ras de suelo para comprobar el procedimiento por el que un movimiento social se puede ver contaminado por la intervención del terrorismo en su misma área de interés. A continuación, calcularemos en qué medida la apología del terrorismo permeaba diferentes manifestaciones y cómo en estas se interactuaba con las Fuerzas de Seguridad en la Euskadi de la transición, cuando se pusieron las bases del entramado organizativo que sostuvo a ETA, el llamado Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV).

En cuanto a las fuentes empleadas, he realizado un vaciado de la prensa de la época, así como entrevistas a 16 destacados militantes del movimiento antinuclear, 12 de los cuales aparecen aquí citados. También he consultado documentación interna de las organizaciones de este movimiento, sobre todo para pulsar su posicionamiento en torno a la violencia política, y resoluciones judiciales sobre episodios violentos concernientes a este tema.

1. Movimientos sociales, transición y violencia política

La acción política convencional se desarrolla a través de partidos y convocatorias electorales: mítines, sufragios, elección de representantes. Los movimientos sociales encarnan una forma de ejercicio político no convencional: se expresan mediante manifestaciones, sentadas, concentraciones, sabotajes, huelgas, ocupaciones, recogidas de firmas o boicots. Este conjunto de actos recibe el nombre de repertorio de acción colectiva. Son fórmulas que se aprenden, eligen, transmiten y repiten, que van variando, de más tradicionales a más modernas (coordinadas, sostenidas, autónomas, nacionales), y que se articulan en campañas que dan visibilidad (Tilly, 1978). No es extraño que en determinados repertorios aparezcan expresiones de violencia: destrucción de bienes, enfrentamientos con la Policía, barricadas, etc.

Las características de cada momento histórico importan para explicar tanto la magnitud de las protestas como sus potenciales derivas agresivas. Ahora bien, la protesta social, que implica la activación de canales indirectos de presión sobre los gobernantes, no surge siguiendo un esquema mecánico de frustración-rechazo. Es el fruto de un proceso de definición colectiva, en el que los sujetos participan atribuyendo significados a la realidad y contribuyendo activamente a transformarla (Klandermans, 1994). En suma, a la hora de explicar por qué los hombres y las mujeres protestan, y cómo lo hacen, hay que tener en cuenta las oportunidades políticas, organizativas y culturales de que disponen (McAdam *et al.*, 1999: 30).

La dictadura impedía expresar libremente el descontento. Durante la transición se fueron ampliando los cauces para exteriorizarlo, pero no fue un proceso sencillo. Las movilizaciones, protagonizadas sobre todo por el movimiento obrero y por demandas de autogobierno en ciertas

regiones, se multiplicaron tras la muerte de Franco, en un periodo de esperanza y de crisis. En general, contribuyeron a acelerar el tránsito hacia un sistema de libertades. En aquellos años, sobre todo entre 1974 y 1977, España vivió el desarrollo de un ciclo de protestas, esto es, “una fase de intensificación de los conflictos y de la confrontación en el sistema social” (Tarrow, 1997: 263). El punto álgido llegó en la primera mitad de 1976. Un dato: si en 1975 se perdieron 10 millones de horas de trabajo a causa de la conflictividad, al año siguiente serían 110. Los principales focos fueron Barcelona, Euskadi, Navarra, Madrid y Asturias (Cruz, 2015: 179; Domènech, 2002: 62 y 63).

Ahora bien, Ignacio Sánchez-Cuenca y Paloma Aguilar (2009: 111) observaron que el descenso de la participación en manifestaciones fue seguido “por un aumento de la violencia independentista, revolucionaria y fascista”, lo que confirmaría para España lo que ya había detectado Donatella della Porta (1995: 53) para la Italia y la Alemania de finales de los sesenta y principios de los setenta. Según leemos en un informe interno de ETAm fechado en diciembre de 1977, es decir, justo tras la excarcelación de todos los presos por terrorismo y en puertas de la peor espiral de violencia: “hemos observado un receso en el pueblo en cuanto a movilizaciones, y un ascenso de las fuerzas reformistas que podía llevarnos a un asentamiento de la Reforma de Suárez en Euskadi. Ante esto hemos optado por tomar la iniciativa y actuar para intentar que ello no sucediese”². Solo en 1978 mataron casi tanto como entre 1968 y 1977.

Países como Italia vivieron a finales de los setenta ciclos de protestas simultáneos al español. Este tipo de oleadas transnacionales ocurren cada vez con mayor frecuencia. Así ha sido, por ejemplo, en torno al 68 en el mundo occidental, a finales de los ochenta en los satélites de la URSS en Europa del Este o a principios del nuevo siglo para el caso del movimiento antiglobalización. Los principales protagonistas de dichas oleadas son los movimientos sociales, “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las elites, los oponentes y las autoridades” (Tarrow, 1997: 21).

Si los movimientos sociales son “sensores de problemas y riesgos” (Casquete, 2006: 11), los percibidos como tales en los años de la transición fueron, en Euskadi, los relacionados con el autogobierno, la amnistía, el mundo obrero, la represión policial, el euskera, las protestas antinucleares (más que ecologistas), vecinales, feministas, medioambientales, antimilitares y de gays y lesbianas. Más allá de enumerar estos asuntos, cabe añadir dos cosas. Una, que el último tema concitó muchas menos adhesiones que los primeros, fruto de la persistencia de un arraigado machismo. Y dos, que el pacifismo estuvo ausente del espacio público, a pesar de que la espiral de violencia fue especialmente cruda en aquel tiempo. Los asesinatos terroristas no fueron, por tanto, percibidos como un “problema” ni como un “riesgo” que mereciera una contestación sostenida en la calle, más allá de manifestaciones puntuales promovidas por partidos democráticos, pero apenas sí desde la sociedad civil (Castells, 2017). O mejor, no fueron percibidos de tal modo los crímenes cometidos por ETA militar, que fue, de largo, la organización que más mató en aquellos años y la que contó con más apoyos para hacerlo, con el consiguiente problema político y moral.

La transición fue una época llena de altibajos, que acabó consolidando la democracia, pero durante la cual la hoja de ruta no estaba escrita. La libertad iba brotando, pero también hubo numerosas amenazas que pusieron en serio riesgo el proceso. Entre ellas, la más destacada fue el terrorismo, sin olvidar el golpismo de una parte de las Fuerzas Armadas y los abusos de la violencia policial. Dentro de Europa, y aparte de las guerras yugoslavas, solo la transición en Rumanía fue más sangrienta que la española (Sánchez-Cuenca, 2009: 9-10).

La democratización fortalece a la sociedad civil y el respeto a los derechos humanos, y viceversa. Ahora bien, la democratización, o su reverso, no solo se impulsa “desde arriba” y no solo es responsabilidad del Estado, sino que implica y afecta a diferentes ámbitos, también en un plano meso y microsociedad. La des-democratización se produce cuando se disminuye la amplitud, igualdad y protección de la participación política (Tilly, 2007: 146-158). Cuando un grupo utiliza el terror para alcanzar lo que considera un “hiperbien”, ya sea la independencia para un determinado

² Archivo de Enrique Urquijo: “Informe político interno”, diciembre de 1977. Acta de una reunión entre delegados de ETAm y de EIA.

territorio, la sociedad sin clases o un régimen ultraconservador, se convierte en una comunidad incivil (Casquete, 2006: 171-188). Esta cualidad, al “obedecer a los dictados de una lógica militar”, la hace merecedora de ser excluida de la categoría de movimiento social, que requiere autonomía (Casquete, 2005: 113). El nacionalismo vasco radical fue un sujeto tan movilizador como incivil, partidario de soluciones violentas y limitador de las libertades de otros agentes con los que competía, lo que debilitó a la sociedad civil y melló los derechos humanos.

Ya durante el tardofranquismo proliferaron “redes sumergidas”, esto es, pequeños grupos intervinientes en procesos de la vida social y cotidiana, donde tomaban cuerpo nuevas experiencias y con los que, llegado el momento propicio, se pudo proyectar acciones colectivas (Melucci, 1989: 41). Eran tramas a menudo informales (cuadrillas, familias, grupos de danzas o de montañismo) útiles para definir agravios colectivos y para transmitir relatos sobre los mismos. Fueron claves para intercambiar lo que Jon Juaristi (1997) denominó “historias de nacionalistas” y, dentro del abertzalismo radical, para la legitimación de la violencia política.

Lo que a finales de la dictadura eran redes sumergidas, durante la transición se formalizó y se expandió en torno al MLNV: partido (principalmente HASI), sindicato (LAB), juventudes (Jarrai), coalición electoral (HB), organización de mujeres (KAS-Emakumeak, luego Aizan y Egizan), Gestoras pro-Amnistía, bares (*herriko tabernak*), comités populares (ASK), etc., con una coordinadora que lo articulaba (KAS). Todo ello conformó una tupida malla autorreferencial, una “sociedad dentro de la sociedad” (Aulestia, 1998: 11), refractaria a las críticas hacia ETA militar, su vanguardia armada, preparada para durar en el tiempo e impermeable a los cambios que se iban produciendo en el país.

La violencia política incluye una amplia nómina de motines, revoluciones, golpes de Estado, represiones... y puede ejercerse a través de guerrillas, ejércitos, bandas terroristas, acción policial, etc. (Aróstegui, 1994: 37). El terrorismo es, en concreto, la “violencia clandestina ejercida contra personas no combatientes, con el propósito de generar un clima de temor favorable a los objetivos políticos de quienes la perpetran, o de forzar una decisión de un gobierno o de una organización internacional” (Avilés, 2011: 15). Si, como tenemos dicho, la acción colectiva es una construcción social en la que los sujetos tienen un papel activo, interactuando, eligiendo, heredando e innovando formas de protesta, es lógico pensar que ocurre algo similar con otras herramientas de intervención política, brutales, como son la violencia o el terrorismo. Por tanto, estas últimas no se explican solo a partir de determinantes estructurales (contra lo que sostiene Aróstegui, 2010: 37), que pueden influir, sino de la voluntad de sus perpetradores, que actúan en un marco histórico concreto, de la mano de una ideología e insertos en una trama de vínculos y significados sociales, donde aceptar esa violencia puede llegar a ser lo normativo. En efecto, el terrorismo es una violencia “relacional”: los grupos clandestinos interactúan con su entorno de apoyo, del que obtienen sustento moral y material, y éste, a su vez, se nutre “simbólicamente” de la actividad de aquellos, de modo que, si el terrorismo infunde miedo entre sus víctimas, provoca admiración entre los acólitos (Della Porta, 2013: 19).

Desde la sociología de la acción colectiva se ha planteado que primero surgen movimientos de protesta y, después, algunos de sus integrantes más radicales, frustrados por no ver cumplidas sus altas expectativas, pueden sentirse tentados de recurrir a las armas, y se escinden para formar bandas terroristas (Della Porta, 2013: 14). Así se esboza en el relato clásico de lo ocurrido tras el 68, con sus epígonos en Italia (Brigadas Rojas, Prima Linea...) o en Alemania (Fracción del Ejército Rojo, RAF) (Avilés, 2018). En parte, en el País Vasco sucedió al revés. El MLNV fue una derivada de ETA y no al contrario, lo que limitó su margen de maniobra. Primero, un pequeño grupo de nacionalistas radicales optó por la violencia. El 2 de agosto de 1968 ETA cometió su primer asesinato premeditado, el del inspector de policía y conocido torturador Melitón Manzanás. Tal y como ETA había previsto, la espiral acción-reacción se puso en marcha.

Las detenciones y los malos tratos no se hicieron esperar y fueron masivos e indiscriminados. Fue sedimentando una cultura de justificación de la “violencia de respuesta” y unas movilizaciones “antirrepresivas” de la mano de redes que a menudo daban cobertura ideológica y operativa a ETA, o la toleraban. Estas no eran necesariamente solo abertzales, sino que se movían por solidaridad con otros a los que consideraban compañeros antifranquistas, antisistema o “hijos

del pueblo". Las autoridades de la dictadura, con su torpe y desproporcionada respuesta, incrementaron primero la simpatía que despertaban los etarras y, después, también el interés hacia su causa (Juliá, 2010).

Cuando el ciclo de protestas de la transición iba entrando en declive, esto es, tras 1978, ETA y los CAA se beneficiaron de la entrada de activistas radicalizados y con experiencia en algunas de las principales luchas callejeras de la época. Estos, a su vez, pudieron contar con una estructura preexistente y consagrada a la violencia. No dieron ese salto a las armas necesariamente por frustración o desencanto, sino persuadidos de que con la violencia se lograban conquistas como la amnistía de 1977, de que ETA era una organización potente, que gracias a ella conseguirían aún más metas, que la opción violenta era "un compromiso más fuerte" que otros (la expresión procede de la entrevista a un etarra en Gago y Ríos, 2021: 188) y que no sustituía, sino que complementaba las movilizaciones de una sociedad en ebullición. Según otro de los etarras entrevistados por Egoitz Gago y Jerónimo Ríos para *La lucha hablada* (2021: 113-114): "eran tiempos en los que la organización llevaba a cabo muchas acciones armadas. Tiempos de mucha agitación social (...). Se estaba mucho en la calle. Por ejemplo, contra la central nuclear de Lemóniz, que se consiguió paralizar con la organización y la agitación social que había".

El libro *Voluntarios* reúne perfiles hagiográficos de más de 150 fallecidos en diferentes circunstancias, miembros de ETA y de otros grupos afines. Se puede comprobar que entre los etarras que murieron en la transición los hay que venían de secundar las huelgas y manifestaciones de repulsa por el Proceso de Burgos (1970), por los fusilamientos de *Txiki* y Otaegi (1975), a favor de la amnistía o contra la energía nuclear, de integrar organizaciones juveniles como EGAM o EGI, o estudiantiles como IASE, de participar en reuniones de KAS, de la lucha sindical en LAB, de montar actividades culturales vascas (danzas, euskera, etc.) o de militar en partidos de la izquierda abertzale, pero también en otros como LKI, PCE(r), OIC, Bandera Roja, el Partido Carlista o EMK (Zabalza, 2000).

Peter Waldmann escribió hace ya varios años, pensando en grupos importantes como las Brigadas Rojas o la RAF, que la relación entre los terroristas y sus entornos de apoyo es un elemento clave, pero poco estudiado (2008: 25-27). En el País Vasco y Navarra, o para Irlanda del Norte, es diferente. Existe ya un extenso corpus de trabajos sobre el autodenominado MLNV. Lo que no es tan conocido es cómo el fenómeno del terrorismo afectó a espacios situados más allá del núcleo directamente dependiente de ETA. Encontramos actitudes de justificación, apoyo o silencio hacia la banda en movimientos sociales que no tenían un vínculo orgánico con la misma. A continuación, profundizaremos en un caso concreto: el antinuclear.

2. "Conmigo o contra mí". ¿Cómo se "contamina" de terrorismo un movimiento social?

ETA salió de la dictadura reforzada y legitimada ante una parte importante de la sociedad vasca e incluso ante grupos de izquierdas del resto de España, merced a hitos como el Proceso de Burgos, los asesinatos de Manzanos y Carrero Blanco, o los fusilamientos de *Txiki* y Otaegi. Llegada la transición, y aprovechando esa popularidad, el nacionalismo vasco radical decidió seguir apostando por la violencia para alcanzar sus fines de máximos, planteando una "guerra de desgaste". Esta consistía en acumular cadáveres, sobre todo de policías, guardias civiles y militares, y también de políticos de UCD o de AP, hasta obligar al Gobierno a aceptar la autoterminación (Domínguez, 2020).

El principal protagonismo recayó en ETA militar, capaz en 1980 de formar un comando nuevo cada dos semanas y de asesinar a una persona cada tres días (Domínguez, 1998: 190). De todas formas, al principio de la transición el entorno de esta banda todavía estaba en construcción, lejos de tener la fuerza que adquirió al final del proceso. La rama *polimili*, articulada en torno a Euskadiko Ezkerra (EE), aún tenía peso. Los *milis* empezaron a crecer tras la absorción de los comandos Bereziak (especiales), procedentes de ETApM (septiembre de 1977), más la formación de un brazo electoral, HB, en la mesa de Alsasua (abril de 1978) y su primera presentación a unas elecciones generales (marzo de 1979). En este convulso contexto, la izquierda abertzale

interpretó que la cuestión (anti)nuclear, y más concretamente anti-Lemóniz, era una batalla estratégica. Años atrás ETA en su Libro Blanco (1960) había sugerido lo contrario: que la energía atómica podía garantizar la independencia energética de Euskadi (Hordago, 1979, Vol. I: 242).

Como afirma Julen Rekondo, que entonces estaba en el Movimiento Comunista de Euskadi (EMK) y en el Comité Antinuclear de Sestao, y que se ha convertido en un reconocido especialista medioambiental, “cada grupo político o cada partido metía gente [en los movimientos sociales] con el ánimo de controlar”³. La táctica del nacionalismo vasco radical consistió en dividir aquellos movimientos que no dominaba (caso del feminismo) o instrumentalizar otros para intentar que su práctica y discurso fueran útiles para su causa (caso del antinuclear) (Tejerina, 1997: 30). No se trata de una fórmula que no procuraran poner en práctica otras fuerzas de ideología leninista, maoísta o trotskista en aquella época. Pero la izquierda abertzale, que jugaba con una carta marcada, el poder de coacción de ETA, consiguió más éxito y protagonismo que las otras corrientes con las que competía. “Los *milis* tratan de capitalizar el movimiento [antinuclear], eso es evidente”, sostiene Javier Olaverri, ingeniero, parlamentario vasco y responsable de los temas relacionados con la energía nuclear en EE, la rama de la izquierda abertzale que acabó renunciando a la violencia y abrazando el autonomismo⁴.

¿Mediante qué procedimiento puede acabar un movimiento social contaminado por el terrorismo? No hay una fórmula universal, pero sigamos con el ejemplo que venimos desarrollando, que tuvo varios episodios. En primer lugar, en el paso del franquismo a la democracia surgió un tema que terminó concitando el rechazo de una parte importante de la población: la construcción por parte de la empresa Iberduero de una central nuclear en Lemóniz, una localidad vizcaína a 20 kilómetros en línea recta del Gran Bilbao. Aparte de esta, los planes incluían otras tres nucleares en suelo vasconavarro: en Ea-Ispaster (Bizkaia), Deba (Gipuzkoa) y Tudela (Navarra). Pero solo arrancaron las obras de la primera, ya en 1972, con una serie de irregularidades administrativas que serían denunciadas por sus primeros oponentes, entre ellas, carecer de la preceptiva licencia municipal y levantarse en terrenos calificados para uso rural. Hubo gente que empezó a tener miedo de que se construyera una infraestructura así cerca de su casa y, con referencias como las bombas de Hiroshima y Nagasaki en la Segunda Guerra Mundial, veía la energía atómica como un problema grave. Además, se trataba de una decisión de política energética tomada durante la dictadura, heredada y continuada durante la transición, lo que enrareció aún más el ambiente.

En segundo lugar, se crearon organizaciones de movimientos sociales para articular la respuesta. La primera de ellas, la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear, nació en mayo de 1976. Juntaba a un pequeño grupo de activistas y expertos de diversos colores políticos, unos nacionalistas y otros que no lo eran. Su base fueron las asociaciones de familias, que tenían mucho protagonismo y presencia pública organizada dado que eran de las pocas entidades permitidas por el franquismo. Según Jesús Cuezva, vecino de Lemóniz y uno de los fundadores de la Comisión de Defensa: “la presentación pública nuestra fue dar charlas. ¿Quién las gestionaba? Las asociaciones de familias. En Bilbao había miles y miles de personas asociadas. Entonces, a mí me decían: «Jesús, te llaman por teléfono. Hay que ir a cualquier sitio, al Club Deportivo, a la Iglesia de la Aneja, hay que ir a dar una charla», y se iba”⁵.

En agosto de 1976 la Comisión de Defensa convocó entre Plentzia y Gorniz, cerca de Lemóniz, una manifestación que resultó masiva: participaron miles de ciudadanos de diferentes ideologías, más de 30.000 según la prensa. Vista la amplitud de la contestación, que desbordó a la Comisión de Defensa, esta entidad quedó como la cabeza intelectual y científica del movimiento. Mientras, este se iba descentralizando con el surgimiento de Comités Antinucleares por barrios y pueblos, más volcados en la agitación. En ellos entraron militantes de diversas fuerzas, sobre todo procedentes de la órbita nacionalista radical y de la izquierda revolucionaria (HB, EE, EMK, LKI), así como independientes, y no de partidos moderados e institucionales como el PNV o el PSE-PSOE. Los Comités tenían un funcionamiento asambleario y se articulaban mediante

³ Entrevista a Julen Rekondo Bravo en Bilbao el día 11-2-2009.

⁴ Entrevista a Javier Olaverri Zazpe en San Sebastián el día 28-11-2008.

⁵ Entrevista a Jesús Cuezva Mardones en Plentzia el día 8-12-2008.

reuniones a diferentes niveles: local, comarcal, nacional e internacional. Su repertorio de protestas era amplio e imaginativo: había desde manifestaciones convencionales hasta formas de desobediencia civil no violenta, como apagones o impago de la factura de la luz (López Romo, 2011b).

En tercer lugar, temprano, ya desde 1977, ETAm decidió contribuir a su manera a la causa antinuclear. El 3 de junio de 1977 estalló una bomba en los comedores de la empresa constructora de Lemóniz causando daños de poca consideración. Fue el primer atentado de muchos⁶. No fue necesariamente una intervención “oportunista”. No fue solo que instrumentalizaran la “bandera verde” para sus fines últimos (la independencia). Ambas demandas no eran incompatibles, se podían retroalimentar. En diciembre de 1977 ETAm intentó asaltar la garita de la Guardia Civil de Lemóniz. En el enfrentamiento murió un etarra: David Álvarez. ETA ya tenía un “mártir antinuclear”. Así lo calificó Francisco Letamendia, diputado por EE en el Congreso, luego en las filas de HB, durante su intervención al término de una masiva protesta contra la central⁷. La violencia, que inundaba el espacio público con atentados cada vez más cotidianos, también era conducida a este tema, inicialmente medioambiental, y quienes se movían en su entorno se veían impelidos a posicionarse. Para el donostiarra Sabino Ormazabal, activista de diversos movimientos sociales (estudiantil, ecologista, antimilitarista, antinuclear), “a medida que ETA va interviniendo se va convirtiendo en «ETA sí, ETA no», en lugar de «Lemóniz sí, Lemóniz no»”⁸.

Javier Olaverri analiza así esta práctica: “el intento de captación es siempre lo mismo. Yo fuerzo a que todo el mundo se posicione conmigo o contra mí”. Con el impacto de la violencia, “el movimiento se trastoca, se disloca, se ve enfrentado a problemas exógenos, pero que le afectan mucho. Este método de actuar se va a repetir después sistemáticamente en todos los temas”⁹. En esta línea, Julen Rekondo recuerda asambleas antinucleares en las que el ambiente en contra de los que eran catalogados como “reformistas” o “revisionistas” era “terrible”: se les abucheaba por defender un referéndum en lugar del desmantelamiento directo, por cuestionar el uso de la violencia, etc.¹⁰

El 17 de marzo de 1978 ETAm mató a dos trabajadores de las contratas, Alberto Negro y Andrés Guerra, al hacer explotar un artefacto en uno de los reactores de la central nuclear. El 13 de junio del año siguiente ETAm acabó con la vida de un tercer montador, Ángel Baños, mediante otra bomba, esta vez en la zona de turbinas. Para ETA eran “víctimas colaterales”, no buscadas, pero la banda secuestró y a la semana, el 6 de febrero de 1981, asesinó a José María Ryan, ingeniero jefe de la central. El 5 de mayo de 1982 mató a su sucesor, Ángel Pascual, acribillándolo a tiros en Bilbao. Iñigo Pascual, su hijo, que presencié el crimen y resultó herido de bala en una mano cuando trataba de proteger a su padre, recuerda que este había recibido hasta tres cartas de amenaza de ETA para que abandonara su puesto. Días después del asesinato un compañero de colegio le dijo que “la muerte de tu padre era un mal necesario”. Iñigo Pascual pone este episodio como ejemplo de que “no nos sentimos muy arropados por la sociedad”¹¹.

ETA, además, causó heridas gravísimas, como las del niño Alberto Muñagorri, mutilado al dar una patada a una mochila-bomba colocada en unos locales de Iberduero de Rentería en junio de 1982. Para Koldo Unceta, entonces del comité antinuclear de Uribarri y en el EMK, posteriormente catedrático de Economía de la UPV/EHU, muchos no pensaban que ETA fuera a llegar tan lejos. Luego la situación “se tensa muchísimo”. Fue una etapa “muy dura”, una resaca que sucedió al “entusiasmo” de los inicios de la contestación antinuclear; de un movimiento amplio a un mundo “más sórdido”¹².

⁶ *El Correo*, 4 de junio de 1977.

⁷ *El País*, 14 de marzo de 1978.

⁸ Entrevista a Sabino Ormazabal Elola en San Sebastián el día 10-12-2008.

⁹ Entrevista cit. a Javier Olaverri Zazpe.

¹⁰ Entrevista cit. a Julen Rekondo Bravo.

¹¹ Testimonio de Iñigo Pascual, hijo del ingeniero de Lemóniz Ángel Pascual, en <https://vimeo.com/138610604> [Consulta: 29 de diciembre de 2023].

¹² Entrevista a Koldo Unceta Satrustegi en Bilbao el día 28-1-2009.

Para José Allende, catedrático de Economía Aplicada, uno de los pioneros de la concienciación antinuclear en Euskadi, las bombas de ETA "rompen la unidad, hay gente que se retrae"¹³. Tal fue el caso de José Ramón Recalde, abogado de la Comisión de Defensa, veterano antifranquista y después profesor de Derecho y consejero socialista en el Gobierno Vasco. Él se distanció del movimiento antinuclear sobre todo a raíz del asesinato de Ryan. Uno de sus argumentos era que "mucho más polucionante es ETA que las centrales nucleares"¹⁴. Otro ejemplo es el del grupo Petralanda, los ecologistas de EE, que siguieron su propio camino. Para el sociólogo José Antonio Garaizar, uno de sus miembros: "Comités va perdiendo gajos (...), es un proceso de limpieza. Al final se va quedando el núcleo duro que está de acuerdo con la dinámica de más fuerza que es la que acaba marcando ETA"¹⁵.

20 / sociedad

egin viernes, 29 de enero de 1982

Los centros de Empresariales y Magisterio de Pamplona, a la espera de una solución

Las actuales instalaciones —en el casco antiguo— están en situación precaria

PAMPLONA (EGIN). Aunque en los últimos días se han producido algunos cambios en el Ayuntamiento de Pamplona, la Comisión Ejecutiva de la Universidad sigue esperando una solución que consista en la construcción de un nuevo edificio del momento no existe una propuesta de solución concreta para el futuro de los centros empresariales y magisterio. Y en el momento de redacción de esta noticia, se está esperando la resolución de la Comisión Ejecutiva de la Universidad.

Actualmente se están realizando varias acciones para mejorar las condiciones de los centros docentes, y se está esperando una solución definitiva para el futuro de los centros empresariales y magisterio.

En sus instalaciones, el CED (Centro de Estudios de la Universidad) sigue esperando una solución definitiva para el futuro de los centros empresariales y magisterio.

Presencia en el estado de las instalaciones

El estado de las instalaciones de los centros docentes es precario, y se está esperando una solución definitiva para el futuro de los centros empresariales y magisterio.

Goyo Monreal: «La Universidad del País Vasco siempre se ha esforzado por canalizar la investigación»

SAN SEBASTIÁN (EGIN). "La Universidad del País Vasco siempre se ha esforzado por canalizar la investigación", afirma Goyo Monreal, investigador de la Universidad del País Vasco, en un momento de la entrevista en la que se le pregunta por el estado de la investigación en la Universidad. Monreal afirma que la Universidad del País Vasco siempre se ha esforzado por canalizar la investigación, y que el Estado español siempre ha estado interesado en la investigación científica.

Segundo caso de meningitis, en el plazo de diez días, en un colegio de Larrasitu

SAN SEBASTIÁN (EGIN). El segundo caso de meningitis en un colegio de Larrasitu, en el plazo de diez días, se ha producido en un colegio de Larrasitu.

JOSE LUIS LACASA MARICHALAR Falleció el miércoles, a las 24 horas de edad, después de una larga enfermedad.

JOSE LUIS LACASA MARICHALAR falleció el miércoles, a las 24 horas de edad, después de una larga enfermedad. Sus restos serán enterrados en el cementerio de San Sebastián.

Logo of Gogoan zaitugu. Text: JOSE RIKARDO BARROS. Amnistia bat, lurkabeak ez. Zure lankideak.

Logo of Lehen urtsurres. Text: JOSE RIKARDO BARROS (Pepe). Bere emaitza, semea eta familia. Inoz ez zaitugu utzizko.

Logo of Gogoan zaitugu. Text: JOSE LUIS LACASA MARICHALAR (Goián begi). Inu-Hondarribako Txingudi Itaskotik de heren bidez, gure estatu, arretaratuta, 73.000. Anz. Anz. sistema erakusten dena gure herriaren herriaren itaskotik gurea eta lagun guztiak gogoratzen dituzte. IRUEN, 1982ko urtarrilak 29.

Logo of Gogoan zaitugu. Text: RICARDO BARROS «PEPE». Segurueneko caminero de tu lucha. Comités Antinucleares de Euskadi.

Logo of Lehen urtsurres. Text: JOSE RIKARDO BARROS (Pepe). Zure borroka jirraituko dugu. Gestora pro Amnistia Pasa! Astoko.

Logo of Gogoan zaitugu. Text: JOSE RICARDO BARROS «PEPE». Gogoan zaitugu. Palmara-ko lankideak.

Figura 1. Página del diario Egin, 29 de enero de 1982, con varias esuelas dedicadas a un miembro de ETA fallecido mientras colocaba una bomba contra instalaciones de Iberduero.

En cuarto lugar, una cosa es el movimiento social, que desde una perspectiva amplia reúne a todos los que acuden en una manifestación o una convocatoria determinada, y otra son las organizaciones del mismo movimiento (Casquete, 1998: 22), en las que milita un núcleo reducido, el de los más implicados, que suelen ser también más radicales que los primeros. Dichas organizaciones (caso de los Comités Antinucleares) tenían capacidad para crear discurso y "oportunidades culturales" (recordemos: significados, definiciones de la realidad). Como

13 Entrevista a José Allende Landa en Bilbao el día 1-12-2008.
14 Entrevista a José Ramón Recalde Díez en San Sebastián el día 7-1-2009.
15 Entrevista a José Antonio Garaizar Sousa en Bilbao el día 5-1-2009.

ha quedado dicho, entre sus activistas destacaban los que compartían dobles militancias en la izquierda abertzale o en partidos de la izquierda revolucionaria. Uno de estos últimos, Julen Rekondo, asegura que podía discrepar de los de HB porque estos pensaban que la energía nuclear hipotecaba la independencia vasca, pero luego la defendían para Cuba (donde se estaba construyendo una central) o en otros países del bloque soviético. No obstante, “en aquella época el tema de la lucha armada no lo veíamos como un problema en sí, es decir, no había una posición crítica”. En resumen, “se consideraba el movimiento de ETA un movimiento más dentro de lo que era el movimiento antinuclear”¹⁶.

Iñaki Gil de San Vicente, escritor, militante de la izquierda abertzale y de los Comités Antinucleares en San Sebastián, ofrece una visión ortodoxa del papel del entorno de ETA ante Lemóniz. El de la violencia era “un debate larvado que se fue agudizando”. Recurrir a ella fue, en su opinión, una consecuencia lógica, ya que las protestas populares y el rechazo de muchos ayuntamientos no bastaban para parar el proyecto. Era tal el contraste entre el “rechazo masivo” (manifestaciones, recogidas de firmas, pleitos, caceroladas...) y el hecho de que “no valía para nada”, que mucha gente habría visto normal el paso a “ciertas formas de intervención dura”, un eufemismo para referirse a los atentados de ETA. El fin justificaría los medios. En esta línea, plantea un debate entre “el mal menor necesario y el mal mayor absoluto”. El último, detrás del cual estaría “el imperialismo”, sería el peligro que suponen las centrales nucleares, cuyas consecuencias en caso de accidente se prolongan durante miles de años. El primero, el mal menor, eran los crímenes de ETA para evitar un Chernóbil vasco¹⁷. Dentro de los Comités Antinucleares había quienes defendían que la base de la no violencia es que no puedes luchar contra una injusticia generando otra¹⁸. Pero el ruido de las bombas y los disparos arrinconaba estas voces; la izquierda abertzale creía estar en una guerra, en la que no se discute al general.

Hemos visto que ETA asesinó a varias personas en su campaña antinuclear. Dentro de la misma también varios terroristas fueron víctimas de su propia violencia. Los Comités Antinucleares, una organización presentada como unitaria y asamblearia, los homenajeara. Publicaban esquelas en los aniversarios de la muerte de David Álvarez y empezaron a hacer lo propio con varios otros etarras (Ricardo Barros, José Javier Alemán, José Valencia) que murieron en los siguientes años al explotarles las bombas que portaban cuando pretendían cometer atentados contra instalaciones de Iberduero o de sus filiales. Valgan los siguientes ejemplos. Esquela de los Comités Antinucleares de Euskadi: “Ricardo Barros «Pepe». Seguiremos el camino de tu lucha”, acompañada del célebre eslogan “Nuklear? Ez, eskerrik asko” (¿Nucleares? No, gracias). Esquela de los Comités Antinucleares dedicada a José Javier Alemán y José Valencia: “Lemoiz apurtuko dugu” (destruiremos Lemóniz). En el primer aniversario de la muerte de David Álvarez la Comisión de Defensa firmó un artículo en *Egin* en el que recordaba a “ese compañero y luchador del pueblo (...), David, que ofreció su vida por Euskadi”. Un representante de la Comisión de Defensa declaró lo siguiente en el segundo aniversario: “Hace dos años que nuestro amigo y compañero David dio su joven y valiosa vida por liberar a Euskadi de la amenaza de Lemóniz (...), dejó abierto un horizonte de libertad y esperanza”¹⁹.

Los Comités Antinucleares de Bizkaia colaboraron en la campaña “amnistía orain” (ahora), llamando a acudir a Bilbao a una manifestación en enero de 1983, es decir, cinco años después de que ETA despreciara la amnistía de 1977: “nuestra lucha contra las centrales nucleares es totalmente solidaria con las reivindicaciones de los presos y con la justa exigencia popular de que salgan a la calle lo antes posible”²⁰. En la citada marcha se corearon los habituales lemas de apoyo a ETA

¹⁶ Entrevista cit. a Julen Rekondo Bravo.

¹⁷ Entrevista a Iñaki Gil de San Vicente en San Sebastián el día 12-2-2009.

¹⁸ Entrevista cit. a Sabino Ormazabal.

¹⁹ En *Egin*, 29 de enero de 1982; *Egin*, 15 de mayo de 1982 y *Egin*, 15 de enero de 1980.

²⁰ Bizizaleak, Centro de Documentación Medioambiental (Bilbao), fondo Lemóniz, carpeta 11. Comités Antinucleares de Bizkaia: “Ante la actual campaña Amnistía orain”, [s. f., 1983]. El archivo de Bizizaleak se custodia en el Archivo Histórico Foral de Bizkaia-Bizkaiko Foru Agiritegi Historikoa (AHFB-BFAH).

militar²¹. Como veremos más a fondo en el siguiente epígrafe, los Comités sobre todo organizaban sus propias manifestaciones en las que se coreaban diversas consignas, entre ellas, algunas que mostraban una clara apología del terrorismo. En el verano de 1979 convocaron una marcha de varios días hasta Lemóniz mediante dos columnas, una a pie y otra en bicicleta. La primera se llamaba “David Álvarez”²². Lemas como “ETA, Lemóniz Goma 2” no eran secundados por todos los participantes, pero eran habituales tanto en esta como en otras manifestaciones. Sabino Ormazabal recuerda debates internos cuando se producían asesinatos, o que, al oír gritos de apoyo a ETA, manifestantes disconformes a veces coreaban otras consignas para tapar las primeras²³. Pero en ningún caso las organizaciones del movimiento antinuclear, o parte de ellas, criticaron de forma pública y colectiva a ETA. Según Koldo Unceta, que se refiere al impacto del asesinato de Ryan, “estábamos paralizados. Teníamos un despiste mayúsculo (...). Acojonados, callados como muertos”²⁴.

No pocos transfirieron la responsabilidad de los asesinatos de ETA a Iberduero y a los partidos favorables de que Lemóniz entrara en funcionamiento (PNV, AP, UCD), sin señalar a quienes habían apretado el gatillo o habían colocado los explosivos. “Se lamentaban las muertes, pero siempre se terminaba echando la culpa a Iberduero”, dice Sabino Ormazabal²⁵. En 1982 los Comités Antinucleares de Euskadi editaron un folleto en el que acusaban a Iberduero de homicida “por no paralizar las obras a tiempo pudiéndose haber evitado el derramamiento de tanta sangre”²⁶. J. V., que militaba en el EMK, trabajaba en las obras de la central de Lemóniz y, en una de las paradojas de la época, al mismo tiempo era antinuclear, se hace eco de una versión que exculpa a ETA del atentado de 1978 que mató a dos trabajadores, entendiendo que Iberduero no los desalojó a propósito. Sobre el posterior asesinato de Ryan, opina que “a nadie nos gusta que maten a nadie, pero te importaba menos porque también era el que te estaba jodiendo y eran responsables de que no se hubieran dado esos desalojos. Dices, joder, ahora te ha tocado a ti”²⁷. El 4 de febrero de 1981, en pleno secuestro del ingeniero y dos días antes de que ETA ejecutase su macabro ultimátum, la asamblea de los Comités Antinucleares de Bizkaia publicó un artículo en *Egin* en el que no mencionaba a ETA, pero aseguraba que “nos hacen sonreír los comunicados de Iberduero que se consterna ante la vida de un «trabajador»”, calumniando a Ryan al asociarlo con despidos y con modos autoritarios²⁸.

Días después del asesinato de Ryan, la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear transmitió un comunicado: “estamos contra Iberduero SA, estamos contra la intransigencia, el fariseísmo e hipocresía de la empresa y compañeros de viaje. El pueblo no nos habilitó para decir otra cosa. Nosotros no nacimos para luchar contra ETA, el capitalismo o el socialismo”²⁹. José Allende, el miembro más destacado de dicha entidad, lo recuerda así: “ETA actúa ya al final, cuando ya ha habido años de movilización y de cosas. Y nosotros qué vamos a hacer, pues seguir la lucha, no vas a decir porque ETA... ETA condicionó mucho y paró muchas cosas (...). Joder, en este país ETA está en todos los sitios. Pues también ahí, qué vamos a hacer”³⁰.

Otro activista, Carlos Alonso, entonces del comité antinuclear de Barakaldo y también en el Partido Carlista, explica: “yo personalmente nunca he estado a favor de la lucha armada (...). Creo que no contribuía a avanzar al tipo de sociedad que entonces me planteaba. Pero en alguna forma en la medida en que eran compañeros de lucha contra el sistema hemos sido tolerantes y condescendientes. Por decirlo de alguna forma. Ahora lo somos menos”³¹. José Álvarez Junco (1994: 416) se refiere a “paradójicas «defensas de la naturaleza», desde Lemóniz a Leizarán, aunadas

²¹ *Egin*, 04 de enero de 1983.

²² *El País*, 10 de agosto de 1979.

²³ Entrevista cit. a Sabino Ormazabal.

²⁴ Entrevista cit. a Koldo Unceta Satrustegi.

²⁵ Entrevista cit. a Sabino Ormazabal.

²⁶ Bizizaleak, fondo Lemóniz, carpeta 11. Comités Antinucleares de Euskadi: “A todo el pueblo de Euskadi”, 1982.

²⁷ Entrevista a J. V. en Barakaldo el día 12-11-2008.

²⁸ *Egin*, 04 de febrero de 1981.

²⁹ *Egin*, 21 de febrero de 1981.

³⁰ Entrevista cit. a José Allende Landa.

³¹ Entrevista a Carlos Alonso Cidaz en Bilbao el día 24-11-2008.

con una ideología que despreciaba abiertamente la vida de las personas". En la pancarta de una manifestación en Bilbao en 1978 se leía: "Por la vida y contra el terrorismo nuclear"³².

Un movimiento social carece de la estructura de un partido, de su jerarquía y de su capacidad de respuesta inmediata ante contingencias de la actualidad. Por eso llama aún más la atención la falta de un debate público sobre la cuestión de la violencia. Las críticas a ETA procedían de los partidos y sindicatos democráticos, de periodistas e intelectuales comprometidos o de protagonistas a título individual. Hay excepciones que confirman la regla: las asociaciones de vecinos de Romo (Getxo) y Artaza (Leioa) criticaron a ETA por atentar contra las oficinas de Iberduero de esa localidad, calificándolo de "ilegítima injerencia y falta de responsabilidad a la necesaria autonomía del movimiento ciudadano en la persecución de sus objetivos"³³.

Desde luego, no fue inevitable que las cosas sucedieran así, como lo demuestran otros casos de controversias (anti)nucleares en Europa (Rüdig, 1990). ¿Por qué en Euskadi sí? Hay dos motivos principales. La primera razón es que Euskadi (y Navarra) se convirtieron en un caso excepcional porque aquí, en vez de aceptar la democracia, y, por tanto, en vez de iniciar un camino de distensión, un sector sociopolítico, la izquierda abertzale, decidió intensificar la espiral acción-reacción. Esta escalada, teorizada y puesta en práctica deliberadamente desde finales de los sesenta por ETA y su entorno, consistía en atentar contra las Fuerzas de Seguridad para provocar su respuesta desaforada, y que ésta, a su vez, redundara en un aumento de la indignación social. La espiral llevaba en marcha desde 1968 y era difícil de parar.

En segundo lugar, en la gestión de las protestas, las Fuerzas de Seguridad tenían en su haber un rosario de intervenciones abusivas en toda España, por supuesto durante el franquismo, pero también en la transición. Varias de estas últimas habían tenido gravísimas consecuencias. Entre 1975 y 1982 en España hubo 38 muertos en la represión de manifestaciones, 15 de ellos en el País Vasco y otros cuatro en Navarra; esto es, la mitad del total. En el conjunto del país los peores años fueron 1976, 1977 y 1979, con 11, 13 y ocho víctimas respectivamente. Gipuzkoa, con ocho fallecidos, fue la provincia más afectada (Ballester, 2022: 200-210). En relación con el movimiento antinuclear hay que mencionar que un guardia civil mató a la joven donostiarra Gladys del Estal, de 23 años, miembro del Grupo Ecologista del barrio de Egia de San Sebastián, durante una concentración autorizada en Tudela. El hecho impactó enormemente en la opinión pública. Volveremos a ello más adelante. También están las graves heridas sufridas por Jaime Chivite al ser golpeado y abandonado por agentes del orden que dispersaban una manifestación antinuclear en San Sebastián en la que la víctima ni siquiera tomaba parte. Ambos episodios tuvieron lugar en 1979³⁴. Paulatinamente, la Policía iría aplicando una represión más selectiva, con arreglo al contenido de la Constitución, ratificada en referéndum el 6 de diciembre de 1978. Pero mientras, dejó numerosas imágenes y actitudes de mala praxis, incluso con resultados irreversibles, que contribuyeron a su severo desprestigio.

3. Violencia callejera y represión policial

El terrorismo, escribe Antonio Rivera, "desvirtuaba y mediatizaba todos y cada uno de los actos e intenciones de los ciudadanos" (2018: 130). Sin ser el único, el movimiento antinuclear fue un caso claro. En este apartado analizaré una muestra de 84 manifestaciones antinucleares celebradas en Euskadi, Navarra y el País Vasco francés. El objetivo es conocer en qué medida aparecieron en ellas muestras de apología del terrorismo y si hubo alguna variación al respecto dependiendo de la fecha y el lugar. Del mismo modo, comprobaremos cuántas veces hubo actos de violencia contra bienes o personas, y en cuántos casos las Fuerzas de Seguridad intervinieron para reprimir a los manifestantes.

³² *Egin*, 28 de abril de 1978.

³³ *Deia*, 4 de marzo de 1978.

³⁴ El caso de Gladys del Estal: "Tudela: una joven muerta en la manifestación antinuclear", en *Hoja del Lunes*, 4 de junio de 1979. El de Chivite: "Un disminuido físico, herido grave por la Policía", en *El País*, 16 de enero de 1979. En el documental "Ez, eskerrik asko: La ventana de Gladys" se entrevista a la hermana de Jaime Chivite, que estuvo en coma y cuyas secuelas necesitaron tres años de tratamiento en el hospital. El documental en https://www.youtube.com/watch?v=GLo_8GDpgvw [Consulta: 28 de diciembre de 2023].

Metodológicamente, este trabajo se aproxima al realizado por José Manuel Mata (1993: 80 y ss.), que hizo un recuento de manifestaciones del nacionalismo vasco radical fijándose en parámetros similares. Mata observó que el objetivo de casi la mitad de aquellas, celebradas entre 1978 y 1988, tenía una relación directa con el apoyo a ETA o a sus militantes, lo que demuestra cuál era la prioridad de ese mundo.



Figura 2. Acto final de la marcha a Lemóniz: concentración en las campos cerca de la central nuclear, 12 de agosto de 1979.

Fuente: archivo privado de Jonan Zinkunegi.

He realizado un recuento de manifestaciones celebradas entre 1976, cuando tuvo lugar la primera marcha antinuclear, y finales de 1982, cuando llegó al poder el nuevo Gobierno socialista, dándose por terminada la transición política. Además, el PSOE llevaba en su programa la moratoria nuclear. Después de esa fecha hubo otras movilizaciones antinucleares, pero el tema había perdido actualidad e interés. La principal fuente empleada ha sido el diario *Egin*, que, por un lado, adolece de una elevada parcialidad por ser el medio de comunicación más próximo a ETA, por lo que hay que leerlo con suma cautela, pero, por otra parte, recogía abundante información sobre manifestaciones, algunas de las cuales no aparecían reseñadas en otros periódicos. Para completar y contrastar los datos, se ha consultado también *El Correo*, *La Gaceta del Norte*, *El País*, *Deia* y *la Hoja del Lunes* (en sus ediciones de Bilbao y de San Sebastián).

Dichas manifestaciones tuvieron una asistencia muy variada, desde un centenar de personas hasta decenas de miles. No se incluyen conferencias, cursillos, reuniones, asambleas o presentaciones de publicaciones, ruedas de prensa ni mociones municipales, sino movilizaciones colectivas en la calle: manifestaciones, marchas y concentraciones convocadas o apoyadas por las organizaciones del movimiento antinuclear. No están todas, pero sí es una muestra amplia que contiene las más relevantes. He excluido las citas de tipo genéricamente ecologista o las celebradas por unas ciudades más habitables (marchas en bicicleta, etc.), así como los paros de los trabajadores de las contratas de Lemóniz por motivos laborales.

Dentro de esas movilizaciones, he contabilizado como apología del terrorismo el cántico de lemas como “Gora ETA militarra” (viva ETA militar), “ETA, jarraitu borroka armatua” (ETA, continúa la lucha armada), “ETA, Lemoiz Goma bi” (ETA, Lemóniz Goma dos), “ETA, herria zurekin” (ETA, el pueblo está contigo), “Iberduero hormara” (Iberduero al paredón) o “David, herria zurekin” (David, el pueblo está contigo, por el citado militante de ETA David Álvarez). He procurado hacer una interpretación restringida del concepto de apología del terrorismo. La referencia es el artículo 578.1 del Código Penal español, que incluye las alabanzas a “las acciones llevadas a cabo por terroristas o a ellos mismos”. Hay que tener en cuenta que, al margen de esas consignas explícitas, también solían corearse otras a favor de la amnistía de los presos de ETA o por la expulsión de Iberduero fuera de Euskadi, que no he catalogado como apología,

pero que dan cuenta del ambiente de proximidad a los etarras y de estigmatización del otro (en este caso, la compañía eléctrica) que se vivía entonces en muchas movilizaciones.

Por su parte, he anotado que los manifestantes, o parte de ellos, emplearon la violencia en alguno de estos casos: colocación de barricadas (cruce de vehículos, neumáticos, vallas u otros objetos en la calzada), destrozo de bienes materiales (por ejemplo, contra sedes o coches de Iberduero) y enfrentamientos con la Policía (lanzamiento de piedras o botellas, agresiones, etc.). He excluido las muestras de agresividad verbal, como insultos, para centrarme en actos de violencia física. Aquí solo se incluyen los episodios de violencia callejera en movilizaciones. Aparte, entre 1977 y 1982 ETAm cometió un total de 246 atentados terroristas dentro de su campaña contra Lemóniz, la mayoría contra subestaciones o torres eléctricas. En el balance de los costos humanos y materiales figuran cinco personas asesinadas por dicha banda, 14 heridas y 2.100 millones de pesetas de la época solo en pérdidas económicas directas (Domínguez, 1998: 252).

Finalmente, el supuesto de “intervención policial” hace referencia a la actuación de las Fuerzas de Seguridad mediante cargas y empleo de material antidisturbios, buscando la disolución de las movilizaciones. No se incluyen aquí otro tipo de intervenciones como, por ejemplo, aquellas en las que los mandos policiales dieron aviso verbal a los manifestantes para que se disolvieran, lo que sucedió en unos pocos casos.

Tabla 1. Muestras de apología del terrorismo en movilizaciones antinucleares por provincia, 1976-1982.

Provincia	Sí		No		Total
Álava	3	60,00%	2	40,00%	5
Bizkaia	22	61,11%	14	38,89%	36
Gipuzkoa	13	59,09%	9	40,91%	22
Navarra	3	37,50%	5	62,50%	8
Total	41	57,75%	30	42,25%	71

Fuente: elaboración propia.

Al respecto de la apología, se ha obtenido información fiable para 71 de las 84 movilizaciones examinadas. En el resto de los casos las noticias eran demasiado breves y no proporcionaban suficientes datos. En la tabla 1 destacan varias cosas. Primero, el porcentaje de apología del terrorismo es elevado: aparece en 41 de las 71 movilizaciones (57,75%). Segundo, se exterioriza en una proporción similar en las provincias de Álava, Bizkaia y Gipuzkoa, y menos en Navarra, pero en su conjunto refleja una actitud extendida. Y tercero, el territorio donde (ligeramente) más se vitoreaba a ETA en relación con el tema que nos ocupa es Bizkaia, esto es, allí donde iba a estar ubicada la central nuclear de Lemóniz y donde más movilizaciones en su contra se convocaban.

Tabla 2. Muestras de apología del terrorismo en movilizaciones antinucleares por año.

Año	Sí		No		Total
1976	0	0%	1	100%	1
1977	2	100%	0	0%	2
1978	10	55,56%	8	44,44%	18
1979	7	50,00%	7	50,00%	14
1980	8	66,67%	4	33,33%	12
1981	8	61,54%	5	38,46%	13
1982	7	58,33%	5	41,67%	12
Total	42	58,33%	30	41,67%	72

Fuente: elaboración propia³⁵.

³⁵ Esta tabla incluye una movilización más que la anterior porque se ha sumado una manifestación que tuvo lugar en el País Vasco francés.

En la tabla podemos comprobar la evolución a lo largo del tiempo de la apología del terrorismo en las movilizaciones antinucleares. Si excluimos lo ocurrido en 1977, cuando solo tenemos dos movilizaciones, el momento álgido de la demanda de intervención de ETA se produjo en 1980, es decir, justo el año en el que dicha organización mató a más personas de toda su historia. Habría que ampliar la investigación para conocer qué ocurrió con otros movimientos sociales, pero los datos disponibles avalan que esto no fue casual. Hay una relación entre el apoyo a la banda y su capacidad operativa. Es evidente que ETA mataba más cuando tenía más respaldo para hacerlo. En su versión incondicional, ese apoyo era minoritario en la sociedad vasca, pero si incluimos sus formas difusas, estaba bien arraigado en determinados espacios, como el que nos viene ocupando.

Es significativo que solo haya un año, el primero (1976), sin apología del terrorismo en las movilizaciones antinucleares, pero a partir de entonces siempre encontramos muestras en más de la mitad de las ocasiones. Aunque solo hubo una manifestación, el dato de 1976 es relevante y conviene detenerse en él. Suele considerarse que el apoyo a ETA alcanzó su cénit en el tardo-franquismo y que la perpetuación del terrorismo ya en transición y democracia fue haciéndoles perder soportes, ya que cada vez más ciudadanos no comprendían que se siguiera asesinando en un régimen de libertades, por más que fuera imperfecto. En líneas generales esto es correcto, pero se puede afinar más. ETA, efectivamente, concitó las simpatías de una parte importante de la sociedad vasca, en un número imposible de precisar, pero sin duda relevante en esas fechas iniciales a las que me refería. No obstante, se trataba de una simpatía no estructurada.

La configuración del MLNV durante la transición fue fundamental para dos cosas: una, para organizar el apoyo a ETA, que, si bien quedaba confinado en un espacio político concreto, lo hacía de forma férrea y acrítica; y dos, para colonizar espacios sociales en los cuales ETA aún no había aparecido como la fórmula para resolver los problemas.

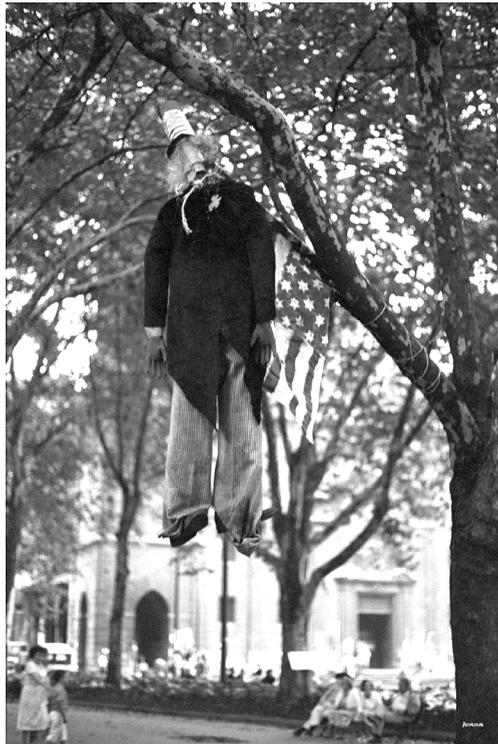


Figura 3. Muñeco que representa al “capitalismo americano”, colgado del cuello en un árbol del Arenal bilbaíno tras una manifestación antinuclear bajo el lema “Lemoiz apurtu” (destruir Lemóniz), en agosto de 1981. Fuente: archivo personal de Jonan Zinkunegi.

Tabla 3. Resumen de las movilizaciones antinucleares de más de 10.000 participantes.

Fuente	Fecha	Localidad	Participantes	Apología terrorismo	Violencia callejera	Intervención policial	Notas
La Gaceta del Norte	31/08/1976	Plentzia y Gorliz (Biz)	30.000	No	No	No	Lemas de costa vasca nuclear "ez, ez, ez" (no), nuclear "kanpora" (fuera), etc.
Deia	15/07/1977	Bilbao (Bizkaia)	150.000	Sí	No	No	Lemas de "ETA, herria zurekin", "Apala askatu" (libertad) y "Presoak etxera" (a casa).
Hoja del Lunes (Bi)	13/03/1978	Lemóniz (Bizkaia)	100.000	Sí	No	No	Lemas con insistencia de "ETA, Lemóniz Goma 2".
Hoja del Lunes (SS)	9/10/1978	Itziar (Gipuzkoa)	10.000	Sí	Sí	No	Lemas de "ETA, Lemóniz Goma 2".
Egin	28/04/1979	Bilbao (Bizkaia)	60.000	Sí	No	No	Lemas de "ETA, Lemóniz Goma 2".
Hoja del Lunes	04/06/1979	Tudela (Navarra)	10.000	No	No	Sí	Un guardia civil mata a una manifestante de un disparo.
Egin	14/08/1979	Lemóniz (Bizkaia)	10.000	Sí	No	No	Lemas de "Gora ETA".
Egin	31/05/1980	Bilbao (Bizkaia)	10.000	Sí	No	No	Lemas: "Lemoiz gelditu", "Amnistia bai nuklearrik ez" y "ETA, Lemóniz Goma 2".
El País	30/08/1981	Bilbao (Bizkaia)	10.000	Sí	Sí	Sí	Lemas de "ETA, Lemóniz Goma 2"; se repartió la revista de ETA <i>Zuzen</i> .
Egin	06/06/1982	Bilbao	"Varios miles"	Sí	Sí	Sí	Lemas a favor de ETA, continuos enfrentamientos.

Fuente: elaboración propia.

La tabla 3 viene a confirmar que el dato de 1976 es digno de tenerse en cuenta, porque en casi todas las movilizaciones antinucleares masivas posteriores hubo muestras de apología del terrorismo. Las cifras de manifestantes que daba la prensa están probablemente hinchadas. De todas formas, no hay duda de que el antinuclear fue uno de los movimientos sociales más relevantes en Euskadi durante la segunda mitad del siglo XX y de que las cosas podrían haber seguido el curso no violento de lo ocurrido en Plentzia-Gorliz en 1976 o en la controversia nuclear en Deba, donde una comisión local y los ayuntamientos de la zona consiguieron que no se iniciaran las obras de la central allí proyectada (Aldabaldetrecu *et al.*, 1975). Por otro lado, se aprecia que las principales manifestaciones contra Lemóniz fueron las de la primera etapa, entre 1976 y 1979. La intervención de ETA, con sus asesinatos premeditados a partir de 1981, influyó en un descenso de la participación en movilizaciones.

Hay otro episodio en el que detenerse, la Jornada Internacional contra la Energía Nuclear, que se celebró en Tudela el 3 de junio de 1979 e incluía también la demanda de desmantelamiento del cercano polígono de tiro de las Bardenas Reales. Fue una concentración festivo-reivindicativa que contó con el correspondiente permiso de las autoridades. Gladys del Estal participó en una sentada pacífica en el puente del Ebro, una de las vías de acceso a la localidad navarra, para protestar por una actuación previa de la Policía Nacional, que había lanzado botes de humo y pelotas de goma en el Paseo del Prado. Un subteniente al mando de cuatro o cinco guardias civiles del puesto de Tudela intervino para intentar restablecer la circulación. Disparó un tiro al aire para intimidar a los presentes, mientras los números, según reza la sentencia, procedían a “compeler a las personas que ocupaban la calzada para que la desalojaran golpeando en algunos casos a los concentrados con el arma que aquellos portaban”. A un agente, José Martínez Sala, con armamento inadecuado para manejar a masas de civiles (al igual que sus compañeros, su dotación era un subfusil Z-70, cargado y al que había quitado el seguro), se le disparó un tiro a corta distancia (3 cm) que impactó a Gladys en la nuca mientras la obligaba “a levantarse, empujándola o golpeándola con el subfusil”.

El 17 de diciembre de 1981 la Audiencia de Pamplona condenó al guardia a 18 meses de prisión por imprudencia temeraria con resultado de muerte, lo que fue ratificado por el Tribunal Supremo dos años después³⁶. En la resolución judicial no consta que hubiera provocaciones previas o violencia contra las Fuerzas de Seguridad. Personas que se hallaban ese día en Tudela tomando parte en los actos de la Jornada Internacional, como Sabino Ormazabal, compañero de Gladys en el Grupo Ecologista de Egiá, o la entonces teniente de alcalde de la ciudad, Milagros Rubio, de la Asociación Navarra de Ayuntamientos de Izquierdas (ANAI), confirman que el ambiente era tranquilo, con debates, fiesta y una comida popular³⁷.

Tabla 4. Intervenciones policiales ante las movilizaciones antinucleares, dependiendo de la aparición de muestras de apología del terrorismo.

Apología del terrorismo	Intervención policial				Total
	Sí		No		
No	3	10,34%	26	89,65%	29
Sí	16	37,21%	27	62,79%	43
Total	19	26,38%	53	73,61%	72

Fuente: elaboración propia.

La actitud policial ante las movilizaciones es un buen barómetro para calcular qué oportunidades tenían los movimientos sociales en un momento dado para alcanzar sus demandas o, al menos, para expresarlas en libertad (Della Porta, 1999: 103). Ahora bien, la represión no solo depende del grado de tolerancia de las autoridades, sino también del tipo de protestas: si estas son inciviles, permitir las afecta a los derechos de todos.

³⁶ STS 512/1983. <https://www.poderjudicial.es/search/indexAN.jsp> [consulta: 09 de agosto de 2022].

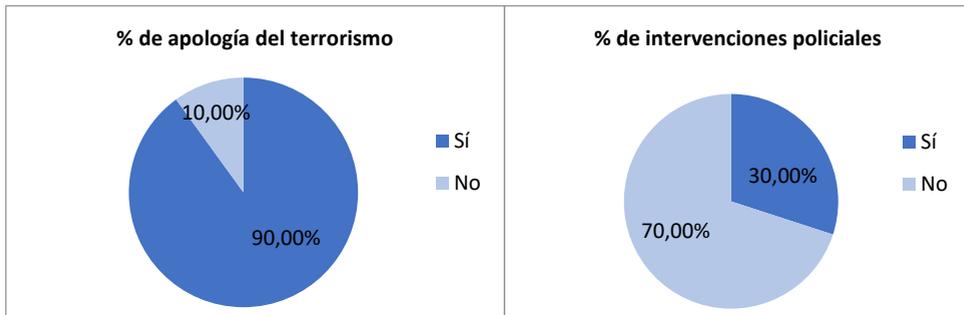
³⁷ Entrevista cit. a Sabino Ormazabal y entrevista telefónica a Milagros Rubio el día 08-08-2022.

Como se aprecia en la tabla 4, las Fuerzas de Seguridad intervenían en una minoría apreciable de los casos (10%) cuando en las movilizaciones antinucleares no había muestras de apología del terrorismo. Podría pensarse que, en cambio, sí lo harían metódicamente cuando los asistentes, o parte de ellos, coreaban “Gora ETA” o “ETA, Lemóniz Goma 2”, pero tampoco era la actitud predominante (37%). Contra lo que reza el tópico abertzale, entre 1978 y 1982, años importantes por ser los más sangrientos de ETA, la represión ya no era sistemática, ni siquiera en momentos en los que los manifestantes se expresaban de un modo incivil. En 22 de los 81 casos analizados se produjeron episodios violentos protagonizados por manifestantes, y en tres de esas 22 ocasiones la Policía no hizo acto de presencia.

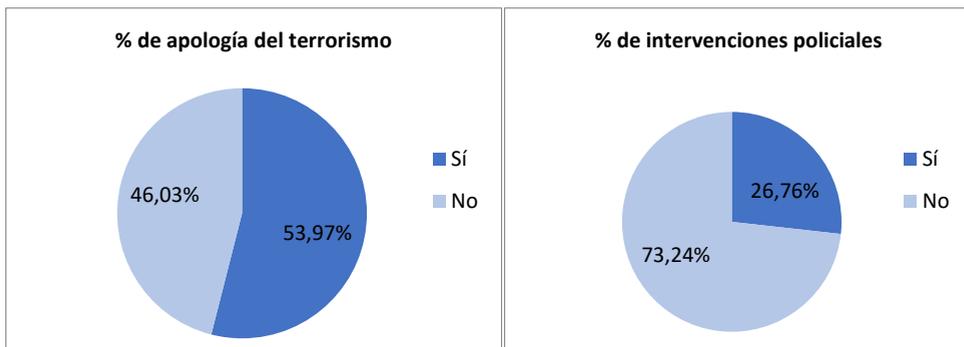
Esto no quiere decir que la represión no causara heridos graves e incluso víctimas mortales en diferentes momentos, como hemos visto con Gladys del Estal y otros, lo que provocaba dolor, deterioraba el clima social, daba argumentos a los extremistas y menoscababa la imagen de las Fuerzas de Seguridad. Detrás de la brutalidad había agentes de gatillo fácil bajo el mando de oficiales procedentes de la dictadura y con valores autoritarios, con un equipo inadecuado para disolver a masas, con escasa preparación en técnicas policiales modernas y sometidos a menudo a una fuerte presión ambiental en su contra, dicho sea sin ánimo alguno de exculpar a los responsables, sino de completar el cuadro de la época, en la que muchos agentes actuaron con respeto a las reglas de la naciente democracia.

Gráfico 1. Comparativa entre las movilizaciones antinucleares con muestras de apología del terrorismo y las que terminaron con la intervención de las Fuerzas de Seguridad³⁸.

Manifestaciones de más de 10.000 asistentes. Muestra: 10 casos.



Manifestaciones de menos de 10.000 asistentes. Muestra: 71 casos.



Fuente: elaboración propia.

³⁸ El total de manifestaciones de las que se dispone de datos fiables asciende aquí a 81 porque casi siempre se proporcionaba información sobre la intervención o no de la Policía.

El gráfico 1 ayuda a sostener dos afirmaciones. Por un lado, las intervenciones policiales, siendo una minoría en todos los casos, se centraban relativamente en movilizaciones de pequeño o mediano tamaño, más fácilmente manejables, evitando (no siempre, como ocurrió en Tudela) las dificultades y las posibles consecuencias perniciosas e impredecibles de actuar contra grandes concentraciones. Por otra parte, el nacionalismo vasco radical se escudaba en dichas masas para lanzar sus proclamas apologeticas con impunidad: no solo es que la Policía no pudiera o no quisiera impedir las; el resto de los manifestantes tampoco. La presión de los radicales generaba tanto ruido a favor de ETA como silencio alrededor, lo que causó efectos moralmente devastadores en la sociedad.

Para ETA y su entorno, el hecho de que Lemóniz finalmente no entrase en funcionamiento fue un gran triunfo. En palabras de Iñaki Gil de San Vicente, fue un “éxito inequívoco (...) una victoria estratégica”. Fortaleció al nacionalismo vasco radical, persuadiéndole de que la violencia daba rendimientos y era necesaria para resolver aquellos conflictos en los que no bastaba con las manifestaciones para torcer la postura de unas instituciones que desde su punto de vista daban la espalda a la voluntad popular. Lejos de ese entusiasmo, y sensible al sufrimiento de las víctimas, a José Ramón Recalde le quedó un recuerdo triste de aquella historia. Según él, Lemóniz lo cerró ETA y “yo no acepto el consecuencialismo en la política ni siquiera en el asesinato de Carrero Blanco”³⁹. Basten las dos citas para ilustrar no solo sobre Lemóniz, sino sobre la cuestión de las memorias divergentes en torno al terrorismo y sus víctimas.

4. Conclusiones

A lo largo de este artículo hemos aplicado tres niveles de análisis. En un estadio macro, hemos considerado el papel del Estado y de ciertas condiciones ambientales (la dictadura, la abusiva represión policial que se prolongó en la transición) que favorecieron procesos organizativos que culminaron en la radicalización y en la difusión de la violencia, y en que esta creciera, ya en un plano mesosocial, más conectada que en Alemania o Italia a ciertos sectores de población afín. Junto a ello, hemos tenido en cuenta la lógica interna de las organizaciones tanto de los movimientos sociales como de las terroristas, donde entran en juego las identidades y la dinámica del grupo, así como, a nivel micro, las motivaciones y percepciones individuales, de las que han dado cuenta algunos de nuestros informantes. Cuanto más aislada está una familia política del entorno, más demanda de sus integrantes que se involucren totalmente con ella, y esto es así porque desde el momento de la opción por la violencia, que implica el paso a la clandestinidad, los grupos se cierran rápidamente al exterior para evitar el efecto de la represión.

Además de dar una lista debemos jerarquizar las causas de la relación entre movimientos sociales y violencia política en la Euskadi de la transición. En primer lugar, hay que señalar la responsabilidad de la izquierda abertzale. No era inevitable justificar, ni utilizar ni escalar la violencia. Fue una elección en un momento de fortaleza (recordemos: ETA cometió 340 asesinatos en siete años). Un agente ilegal y clandestino, que mataba premeditadamente y luego lo reivindicaba mediante comunicados públicos, a menudo tenía mejor imagen que los agentes del Estado, a los que muchos veían como fuerzas represoras, recién salidas de una dictadura, sin depurar. En esta línea, veamos tres testimonios de etarras recopilados por Fernando Reinares para *Patriotas de la muerte*. El primero afirma que “cuando se muriera Franco, íbamos a hacer las de Dios (...). A todos nos parecía factible que (...) se iba a conseguir la Euskadi reunificada, euskaldun, independiente, socialista”. Para el segundo, “había que aprovechar ese momento. Pues agudizando las contradicciones del Estado. Entonces, claro, estaba un Gobierno débil”. El tercero añade que “sabes que vas a terminar por desembocar en la punta de lanza de toda esa movida política. ¿Y cuál era la punta de lanza? ETA en ese momento. ETA cuando aquello (...) castigaba duro (...) era una auténtica organización fuerte” (Reinares, 2001: 101-104).

En segundo lugar, solo en el País Vasco y Navarra hubo 19 muertos en la represión de manifestaciones en apenas ocho años, 1975-1982. No cabe pues hablar de casos aislados, pero sí de

³⁹ Entrevistas cit. a Iñaki Gil de San Vicente y a José Ramón Recalde Díez.

subperiodos. La política de orden público del primer Gobierno sin Franco, el de Arias Navarro, fue continuista respecto de la dictadura (Casanelas, 2014: 225). El posterior gabinete de Suárez estableció distintos grados de tolerancia hacia las fuerzas políticas, excluyendo al PCE hasta abril de 1977 y a las formaciones de extrema izquierda y nacionalistas radicales hasta las primeras elecciones generales libres, las de junio de 1977 (Baby, 2018: 388, 389, 403). La represión de manifestaciones se mantuvo elevada hasta los citados comicios, lo que fue especialmente visible en el lugar entonces más movilizado: el País Vasco, en torno a la reclamación de una amnistía completa. El Aberri Eguna (en abril) y el 1º de mayo de 1977 fueron prohibidos. Las reformas democráticas, que también afectaban a la actitud policial hacia las protestas, se fueron instalando paulatinamente. Sus resultados se visibilizaron en la segunda mitad de 1977 y sobre todo a partir de 1978. La mayoría de las víctimas mortales por abusos policiales en manifestaciones se produjo en la primera fase de la transición (1976-77), para descender sustancialmente en 1978 y prácticamente desaparecer desde 1980 (Baby, 2018: 477).

Cinco de estas víctimas se concentraron en la semana pro-amnistía de mayo de 1977 y otras cinco en las huelgas de Vitoria de marzo de 1976. Esta dureza, que para mayor escarnio provenía de servidores públicos que debían garantizar el orden, puede transmitir la idea de un ejercicio (brutal) de poder, pero en realidad habla de impotencia. El Estado era débil y los etarras lo sabían y lo intentaban explotar. Pero a esas alturas de la transición no solo había falta de medios, información y doctrina policial; el Estado carecía de apoyos visibles en la calle. Esos déficits eran reconocidos por los propios mandos de la lucha antiterrorista de la época, como Andrés Cassinello o José Antonio Sáenz de Santa María (Muñoz Bolaños, 2020: 237). Estaba sometido a una fuerte presión desde posturas maximalistas y rupturistas que impugnaban por la fuerza la transición. Prueba de esa tensión extrema es el suicidio de 26 guardias civiles solo entre abril de 1977 y septiembre de 1981 como consecuencia de lo que se dio en llamar “el síndrome del Norte”, en realidad, estrés postraumático (Casals, 2016: 332). Por su parte, los agentes más exaltados e incontrolados echaban por tierra los esfuerzos de sus compañeros de modernización o, simplemente, de cumplir su trabajo con profesionalidad y con arreglo a las nuevas leyes democráticas.

Tras las primeras elecciones generales libres, las de junio de 1977, en Euskadi la actuación ante las manifestaciones no fue de represión sistemática, sino desordenada. Como hemos visto a través de un ejemplo concreto, el del movimiento antinuclear, muchas veces se vitoreaba a ETA y la Policía no intervenía. La gran mayoría de las ocasiones en las que no había apología del terrorismo tampoco había cargas policiales. Pero no siempre fue así. Incluso hubo protestas pacíficas que, ya con la Constitución vigente, terminaron en drama. Desenlaces como el de Gladys del Estal deterioraron la confrontación (anti)nuclear, pero los discursos de legitimación de la violencia venían ya de antes, y ahí volvemos a la responsabilidad de la izquierda abertzale. El “ETA, Lemóniz goma 2” era habitual en 1978, y no era imprescindible callar ante él, ni muchos menos secundarlo, como demuestran las denuncias a ese tipo de conductas en la prensa democrática de la época. En cambio, en las organizaciones del movimiento antinuclear los debates y las críticas a la violencia se planteaban de forma interna y discreta, mientras que las muestras de cercanía hacia los etarras eran públicas y se firmaban de forma colectiva, como hemos visto a través de un repaso de diversas esquelas, artículos, declaraciones de la época y memorias de veteranos militantes.

Desde el movimiento antinuclear se daba por hecho que el pueblo vasco se oponía a Lemóniz casi como un bloque homogéneo. Según la Comisión de Defensa, “el referéndum del CGV pretende legalizar un proyecto ilegal y rechazado por el pueblo”. Según los Comités Antinucleares de Euskadi: “El pueblo ha decidido ya el no a Lemóniz”⁴⁰. Los que tenían presencia en la calle eran ellos, no sus adversarios, cuyos intentos de montar sencillos estands informativos eran boicoteados. La Asociación Pro Defensa de la Energía Nuclear en Euzkadi denunció más de 40 ataques contra la libertad de expresión en los diez días que tuvo montada una mesa informativa en la plaza España de Bilbao⁴¹. La voluntad general parecía que era la que se expresaba mediante manifestaciones,

⁴⁰ *Egin*, 28 de abril de 1979; *Punto y Hora de Euskal Herria*, 21 de mayo de 1982.

⁴¹ *El Correo*, 13 de diciembre de 1979.

pero las cosas eran más complejas y Lemóniz tenía apoyos tanto en la sociedad (silentes) como en las instituciones. Las izquierdas abertzale y revolucionaria del momento plantearon un choque de legitimidades entre la calle como garante de la genuina voz popular y las nacientes instituciones democráticas, de las que los primeros desconfiaban (cuando no las despreciaban), pero en las que el pluralismo se veía representado por delegación, vía voto, en toda su diversidad.

No sabemos con precisión cuántos querían que Lemóniz funcionara y cuántos que se parase o se demoliese. No hubo ocasión de comprobarlo de manera formal. Pero sí hay una encuesta disponible que sugiere que las posturas a favor y en contra se dividían prácticamente a partes iguales. Los partidarios de la paralización definitiva de Lemóniz eran un 37% de los encuestados. La suma de los favorables a que funcionara (8%) o a que lo hiciera con condiciones, como ponerla bajo el control de las instituciones autonómicas vascas (29%), eran otro 37%. Muchos no sabían (22%) o no contestaban (4%), lo que indica un elevado nivel de miedo y desconocimiento⁴². Aunque no figure en ese estudio, el porcentaje de partidarios de la intervención violenta de ETA era minoritario, pero su chantaje afectó a todos y, muy especialmente, a sus víctimas.

4. Referencias bibliográficas

- Aldabaldetrecu, Patxi, José Ramón Recalde y Carmelo Urdangarín (1975): *Deba, euskal kostak nuklearra*, San Sebastián, Kriselu.
- Álvarez Junco, José (1994): "Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista", en Enrique Laraña y Joseph Gusfield, coords., *Los movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, pp. 413-442.
- Aróstegui, Julio (1994): "Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia", *Ayer*, 13, pp. 17-56.
- Aróstegui, Julio (2010): "La violencia política y su dimensión histórica", en Antonio Rivera y Carlos Carnicero, eds., *Violencia política: historia, memoria y víctimas*, Madrid, Maia, pp. 17-48.
- Aulestia, Kepa (1998): *HB. Crónica de un delirio*, Madrid, Temas de Hoy.
- Avilés, Juan (2011): "Prólogo", a VVAA: *Las armas NBQ-R como armas de terror*, Madrid, Ministerio de Defensa, pp. 9-22.
- Avilés, Juan (2018): "La resaca del 68. El inicio de los años de plomo en Europa", en Gaizka Fernández Soldevilla y Florencio Domínguez, coords., *Pardines: cuando ETA empezó a matar*, Madrid, Tecnos, pp. 21-37.
- Baby, Sophie (2018): *El mito de la transición pacífica: violencia y política en España (1975-1982)*, Madrid, Akal.
- Ballester, David (2022): *Las otras víctimas. La violencia policial durante la Transición (1975-1982)*, Zaragoza, PUZ.
- Bárcena, Iñaki, Pedro Ibarra y Mario Zubiaga (1998): "Movimientos sociales y democracia en Euskadi. Insumisión y ecologismo", en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina, eds., *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta, pp. 43-68.
- Casals, Xavier (2016): *La transición española: el voto ignorado de las armas*, Madrid, Pasado y Presente.
- Casanelas, Pau (2014): *Morir matando. El franquismo ante la práctica armada, 1968-1977*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- Casquete, Jesús (1998): *Política, cultura y movimientos sociales*, Bilbao, Bakeaz.
- Casquete, Jesús (2005): "Manifestaciones e identidad colectiva", *Revista Internacional de Sociología*, 42, pp. 101-125.
- Casquete, Jesús (2006): *El poder de la calle. Ensayos sobre acción colectiva*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Castells, Luis (2017): "La sociedad vasca ante el terrorismo. Las ventanas cerradas (1977-2011)", *Historia y Política*, 38, pp. 347-382.

⁴² Bizizaleak, fondo Lemóniz, carpeta 56: "La opinión pública de la Comunidad Autónoma Vasca ante la central nuclear de Lemóniz", encuesta de Azterka, cooperativa de estudios, 1981.

- Cruz, Rafael (2015): *Protestar en España, 1900-2013*, Madrid, Alianza.
- Della Porta, Donatella (1995): *Social movements, political violence, and the state. A comparative analysis of Italy and Germany*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Della Porta, Donatella (1999): "Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta", en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, eds., *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Madrid, Istmo, pp. 100-142.
- Della Porta, Donatella (2013): *Clandestine political violence*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Domènech, Xavier (2002): "El cambio político (1962-1976): materiales para una perspectiva desde abajo", *Historia del Presente*, 1, pp. 46-67.
- Domínguez, Florencio (1998): *ETA: Estrategia organizativa y actuaciones, 1978-1992*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- Domínguez, Florencio (2020): "«Guerra de desgaste»: la campaña terrorista de ETA militar al filo de la Transición", en Gaizka Fernández Soldevilla y María Jiménez Ramos, coords., *1980: el terrorismo contra la Transición*, Madrid, Tecnos, pp. 123-143.
- Gago, Egoitz y Jerónimo Ríos (2021): *La lucha hablada. Conversaciones con ETA*, Madrid, Altamarea.
- García de la Cruz, Juan José (1990): "Los nuevos movimientos sociales", en Salvador Giner, dir., *España: sociedad y política*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 593-612.
- Goodwin, Jeff (2004): "Review essays: what must we explain to explain terrorism?", *Social Movement Studies*, 3, pp. 259-265.
- Hordago, comp. (1979): *Documentos Y*, San Sebastián, Lur, Vol. I.
- Juaristi, Jon (1997): *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, Espasa.
- Juliá, Santos (2010): "¿Culturas o estrategias? Notas sobre violencia política en la España reciente", en Antonio Rivera y Carlos Carnicero, eds., *Violencia política: historia, memoria y víctimas*, Madrid, Maia, pp. 167-190.
- Klandermans, Bert (1994): "La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos", en Enrique Laraña y Joseph Gusfield, coords., *Los movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, pp. 183-219.
- Llera, Francisco J. y Rafael Leonisio (2017): "La estrategia del miedo: ETA y la espiral de silencio en el País Vasco", *Informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo*, 1.
- López Romo, Raúl (2011a): *Años en claroscuro: nuevos movimientos sociales y democratización en Euskadi, 1975-1980*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- López Romo, Raúl (2011b): "¿Democracia desde abajo?: violencia y no violencia en la controversia sobre la central nuclear de Lemóniz", *Historia, Trabajo y Sociedad*, 2, pp. 91-117.
- López Romo, Raúl (2015): *Informe Foronda: los efectos del terrorismo en la sociedad vasca*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- Mata, José Manuel (1993): *El nacionalismo vasco radical. Discurso, organización y expresiones*, Bilbao, Universidad del País Vasco.
- McAdam, Doug, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (1999): "Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales", en Doug McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald, eds., *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Madrid, Istmo, pp. 21-46.
- Melucci, Alberto (1989): *Nomads of the present. Social movements and individual needs in contemporary society*, Philadelphia, Temple University Press.
- Muñoz Bolaños, Roberto (2020): "El nuevo Estado democrático frente al desafío terrorista", en Gaizka Fernández Soldevilla y María Jiménez Ramos, coords., *1980. El terrorismo contra la transición*, Madrid, Tecnos, pp. 227-253.
- Rapoport, David C. (2004): "Las cuatro oleadas del terrorismo moderno", en VVAA, *I Jornada sobre terrorismos en el siglo XXI: Su persistencia y su declive*, Zaragoza, Fundación Manuel Giménez Abad, pp. 1-12.

- Reinares, Fernando (2001): *Patriotas de la muerte. Quiénes han militado en ETA y por qué*, Madrid, Taurus.
- Rivera, Antonio (2018): “Una paz donde no hubo guerra. El final del terrorismo en el País Vasco”, *Vínculos de Historia*, 7, pp. 115-131.
- Rüdiger, Wolfgang (1990): *Anti-nuclear movements. A world survey of opposition to nuclear energy*, Londres, Longman.
- Sánchez-Cuenca, Ignacio (2009): “La violencia terrorista en la transición española a la democracia”, *Historia del Presente*, 14, pp. 9-24.
- Sánchez-Cuenca, Ignacio y Paloma Aguilar (2009): “Violencia política y movilización social en la transición española”, en Sophie Baby y Eduardo González Calleja, eds., *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX. Europa del Sur – América Latina*, Madrid, Casa de Velázquez, pp. 95-112.
- Tarrow, Sidney (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza.
- Tejerina, Benjamín (1997): “Ciclo de protesta, violencia política y movimientos sociales en el País Vasco”, *Revista Internacional de Sociología*, 16, pp. 7-38.
- Tilly, Charles (1978): *From mobilization to revolution*, Nueva York, Random House.
- Tilly, Charles (2007): *Democracy*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Waldmann, Peter (2008): “The radical milieu: the under-investigated relationship between terrorists and sympathetic communities”, *Perspectives on Terrorism*, vol. 2 (9), pp. 25-27.
- Zabalza, Ricardo (seudónimo) (2000): *Voluntarios: semillas de libertad*, Tafalla, Txalaparta

